

ORTEGA Y GASSET, LA PSICOLOGÍA Y EL PSICOANÁLISIS

ANTONIO SÁNCHEZ-BARRANCO RUIZ

Universidad de Sevilla

RESUMEN

Ortega no llegó a establecer un compromiso profundo con la psicología, manteniendo dos posturas a su respecto a lo largo de su obra: la primera un acercamiento fenomenológico y la segunda una visión existencial, sin que ni una ni otra influyeran mucho entre sus coetáneos.

Respecto al psicoanálisis adoptó una actitud ambivalente, disgustándole sus contenidos sexuales y sus debilidades científicas. Sin embargo, favoreció la traducción de las obras completas de Freud, al que una y otra vez alabó.

ABSTRACT

Ortega never became deeply involved in Psychology, having maintained two approaches towards it throughout his writings: the first, a phenomenological approach, the second, an existential view. Neither had much influence among his contemporaries.

He maintained an ambiguous attitude towards psychoanalysis. He held a strong dislike for its sexual contents and its scientific weaknesses. However, he favoured the translation of Freud's complete works into Spanish and often praised him.

ORTEGA Y LA PSICOLOGÍA

Aunque Ortega nunca terminó de comprometerse con la psicología, en *Origen y epílogo de la filosofía* (Ortega, 1962, O.C., IX), dice que es:

«... una disciplina fabulosamente interesante, a la cual debían las gentes aficionarse más, porque es asequible, bastante rigurosa y sobremanera divertida. Con preparación muy modesta se puede trabajar en ella con resultados positivos y de propia creación. Va para diez años que tuve el propósito de iniciar en España una campaña *pro* Psicología, aprovechando el entusiasmo y las excep-

cionales dotes de organizador de que el Dr. Germain posee. Yo no soy psicólogo ni hubiera podido dedicarme a ello, pero he sido aficionado, y esto me hubiera permitido despertar curiosidades, suscitar vocaciones y promover grupos de estudiosos y curiosos en la materia en torno a las personas que ya de antemano, denodadamente y sin apoyo se ocupaban de esta ciencia, sobre todo en Barcelona y Madrid» (Ortega, 1962, *O.C.*, IX, págs. 370-371).

Por otro lado, en sus escritos pueden encontrarse abundantes referencias a Wundt, Brentano, Husserl, Dilthey, Stumpf, Baldwin, Koffka, Köhler, Spranger, Klages, Freud, etc., lo que es claro indicio de la afición que menciona.

Las primeras aportaciones de Ortega a la psicología datan de la segunda década de nuestro siglo (Orringer, 1985): con ocasión del curso que dictó en el Centro de Estudios Históricos, desde octubre de 1915 hasta marzo de 1916, cuyo contenido se recoge en *Investigaciones psicológicas* (Ortega, 1979), hace un abordaje epistemológico de nuestro saber, oponiéndose radicalmente a la propuesta wundtiana dada en *Fundamentos de psicología fisiológica*, que calificó de «confuso contubernio» (Ortega, 1979, pág. 50), ofertando como alternativa una psicología fenomenológica, aunque manifiesta paralelamente que «la psicología que buscamos es, sin reservas, una ciencia *natural*» (Ortega, 1979, pág. 46).

Para mantenerse dentro de una perspectiva coherente con su rechazo del fisiologismo, Ortega considera que *realidad* no es sólo aquello que tenga como atributo esencial la *espacialidad*, sino también lo que posea como rasgo característico la *intencionalidad*, cuya esencia está en el *sentir*, de forma que la psicología sería la ciencia de la naturaleza que siente (Ortega, 1979, pág. 46). Con tales supuestos, excluye de la psicología tanto la física y la fisiología como la metafísica, apostando por una psicología empírica que se ocupe de la conciencia. Ésta la delimita como una *actitud o un acto* de un sujeto y como un *algo* al cual se dirige ese acto, esto es, *un acto de referirse a y aquello a que me refiero* (Ortega, 1979, pág. 66), conceptos en los que están presentes Brentano y Husserl, con sus respectivas propuestas de *intencionalidad* y de *intención significativa*.

Si bien tal modo de entender la psicología se vio reflejado en artículos que aparecieron en la *Revista de Occidente* en torno a los sentimientos, la caracterología, etc. (López-Campillo, 1972), si uno revisa la obra de Lafora, Turró, Pi Sunyer, Mira o Viqueira, nada permite vislumbrar que la propuesta orteguiana tuviera algún eco, pues la mayoría de tales figuras se adhirieron a un posicionamiento fisiologista, explícitamente descartado por Ortega.

En cuanto al viraje de Ortega al existencialismo, puede tomarse como punto de partida *¿Qué es la filosofía?* (Ortega, 1957, *O.C.*, VII): aquí, los conceptos claves del sistema orteguiano (*ser, vivir, vida, mundo y razón vital*) sufren una profundización semántica en la línea de la ontología heideggeriana, culminando en cuatro nuevas categorías, la vida como encuentro con la propia existencia, la vida como encuentro con el mundo, la vida como decisión y la vida como fruto de la presión de las propias circunstancias. Tal marco metafísico determinará un nuevo entendimiento de la psicología, como se verifica en el artículo *Historia como sistema* (Ortega, 1935, *O.C.*, VI), donde la razón vital sustituye a la razón histórica, mostrándose no sólo la impregnación existencialista heideggeriana, sino también jaspersiana.

Ortega sigue proclamando por entonces su escasa fe en la psicología fisiologista, llegando a hablar del «terrorismo de los laboratorios» o del simplismo de Loeb. En relación con una idea de éste, que afirmó que en el tropismo estaría el fundamento de la conducta moral humana, Ortega ironiza que tal concepto no puede si quiera explicar los brincos de los infusorios, por lo que es absurdo tratar de usarlo para dar cuenta de cosa tan misteriosa y compleja como los actos éticos del hombre (Ortega, 1947, *O.C.*, VI, pág. 22).

El fracaso explicativo que trae consigo lo que Ortega denomina razón física, le abre el camino para la instauración de su razón vital, el meollo de su definitivo sistema filosófico. Por ello, en contra de lo que había afirmado dos décadas antes, e influido sin duda por Dilthey, Ortega subraya que cuando se aborda lo psíquico desde la perspectiva de la ciencia natural, nada se aclara de lo que sentimos como más estrictamente humano, ya que esto se escapa a la razón fisicomatemática como el agua por una canastilla (Ortega, 1947, *O.C.* VI, pág. 24). Y ello porque el hombre no es una cosa, no pudiendo abordarse con los conceptos que nos esclarecen los fenómenos de la materia, sino con otros radicalmente distintos.

Si tal argumentación parece asumir completamente la perspectiva de Dilthey, no es así, pues Ortega entiende que el último objetivo perseguido por las ciencias del espíritu es similar al de las ciencias de la naturaleza: el estudio de una sustancia. Y él entiende la psicología como una ciencia de la existencia (la vida como drama) y no como una ciencia natural o una ciencia del espíritu. Para Ortega (1947, *O.C.*, VI, pág. 33), el hombre no es una cosa porque su esencia es la *indigencia*, mientras que la cosa es *suficiente*: el hombre ha de hacerse a sí mismo, ha de decidir lo que va a hacer o ser, contando con sus peculiares circunstancias, estando obligado a elegir entre las posibilidades que se le presentan ante sí. Se vislumbran, pues, además del *Dasein* heideggeriano, el concepto sartriano de obligado ejercicio de la libertad: el ser humano, quiera o no, tiene que elegir lo que va a hacer y ser, contando no sólo con las circunstancias personales presentes, sino también con lo que ha sido, pues esto actúa necesariamente sobre lo que podemos ser. Ahora bien, en el encuadre existencialista el pasado está como presente, actuando en nuestro *ahora*, de forma que el hombre continuamente va siendo en cada momento esto o lo otro, o, mejor, va viviendo o existiendo (Ortega, *O.C.*, VI, págs. 37-39).

Esta última doctrina orteguiana tampoco recibió mucha acogida entre nosotros, pues estábamos ante los prolegómenos de la Guerra Civil, lo que no propiciaba el enraizamiento de las ideas existencialistas ni de ninguna otra. Y después se desarrolló en nuestras cátedras, siguiendo el modelo germánico, una fenomenología idealista y de sillón, expresamente denostada por Ortega, y, junto a ella, una aséptica psicología aplicada, que auspiciaba Germain y el grupo de pioneros que agrupó en su entorno.

ORTEGA Y EL PSICOANÁLISIS

En cuanto al psicoanálisis, Ortega se mostró siempre muy ambivalente, existiendo datos que nos permiten afirmar que no tenía del mismo un adecuado conocimiento y sí claros prejuicios por su contenido sexual, lo que pudo

venir influido por Marañón y por García Morente, el primer editor gerente de la *Revista de Occidente* (Gray, 1989).

La primera expresión pública que conocemos de Ortega respecto al psicoanálisis es el artículo *La psicoanálisis, ciencia problemática*, que redactó para la revista argentina *La Lectura* (Ortega, 1911, *O.C.*, I), donde opta por incluirlo dentro del mito, que es definido así:

«...contenido mental indiferenciado que aspira a ejercer la función de concepto o explicación teórica de un problema, pero que no se ha libertado suficientemente del empirismo sensitivo ni de la tonalidad afectiva y sentimental de todo lo que en nosotros es espontáneo» (Ortega, 1946, *O.C.*, I, pág. 217).

Para descalificar epistemológicamente al psicoanálisis, Ortega se apoya en dos obras freudianas, *Cinco conferencias sobre psicoanálisis* y *Psicopatología de la vida cotidiana*. Extractando algunos trozos de una y otra, llega a la conclusión de que la esencia terapéutica del psicoanálisis está en una catarsis semejante a la de la confesión religiosa, junto a la posibilidad de realizar el deseo en conflicto (si es éticamente aceptable), o ayudar a una sublimación del mismo por medio de oportunas sugerencias, o, si nada de ello es factible, facilitando una nueva y definitiva represión.

Si ello ya indica que Ortega no había captado la esencia terapéutica del psicoanálisis, la cuestión se vuelve a tornar decepcionante cuando nos acercamos a sus reflexiones respecto a cómo entiende que no es explicativo ni por tanto científico: el argumento que esgrime es que los hallazgos freudianos no dan realmente cuenta de las causas de los hechos psíquicos que aborda, entendiendo equivocadamente que se parte de causas fisiológicas; por otra parte señala que no se da una conexión necesaria o exacta entre los fenómenos observables y los que la investigación psicoanalítica evidencia.

Ahora bien, empleando un estilo lingüístico orteguiano, podríamos decir que no es la razón fisicalista la adecuada para dar cuenta de las propuestas freudianas, sino la razón hermenéutica, no buscando evidenciar causas, sino significados a la luz de la dinámica inconsciente, no siendo por ello obligada la conexión inmediata entre ellos y los hechos empíricos. Que esto se enmarque o no dentro de los saberes científicos es otra cuestión, desde luego discutible. Es cierto que Ortega, por entonces, estaba apegado a un modelo de ciencia natural y al entender que el psicoanálisis no era sino una psicofisiología, su forma de razonar tenía una cierta lógica.

A pesar de lo anterior, Ortega no duda en recomendar en 1917 a José Ruiz-Castillo, el editor de Biblioteca Nueva, la traducción al castellano de las obras completas de Freud, llegando a prologar en 1922 el primero de sus volúmenes, donde dice:

«La empresa me parece sobremanera acertada y contribuirá enérgicamente a atraer la atención de un público amplio sobre los asuntos psicológicos. Han sido, en efecto, las ideas de Freud la creación más original y sugestiva que en los últimos veinte años ha cruzado el horizonte de la psiquiatría» (Ortega, 1947, *O.C.*, VI, pág. 301).

Algo más adelante, añade:

«De tal propósito [la cura del trastorno mental] surgió para Freud la necesidad de elaborar todo un sistema psicológico, construir con observaciones auténticas y arriesgadas hipótesis. No hay duda de que algunas de estas invenciones -como la *represión*- quedarán afincadas en la ciencia. Otras parecen un poco excesivas y, sobre todo, un bastante caprichosas. Pero todas son de sin par agudeza y originalidad.

Lo más problemático en la obra de Freud es, a la vez, lo más provechoso. Me refiero a la atención central que dedica a los fenómenos de la sexualidad- (Ortega, 1947, *O.C.*, VI, pág. 302)

Como puede inferirse, Ortega no terminaba de fijar cuál era su auténtica actitud ante el psicoanálisis, aunque se deja claramente entrever que no le agradaba el papel que se le concede a la sexualidad. Sea como fuere, mostró la suficiente honestidad como para promover el conocimiento de Freud en nuestro país, que, si consideramos el éxito de venta que las obras completas de éste tuvo (15.000 ejemplares hasta 1936, siendo el precio de cada ejemplar en torno a 10 pesetas), debió ver cumplidos los deseos orteguianos. En este caso sí que puede asumirse que Ortega tuvo un importante papel, ya que la influencia psicoanalítica es evidente en la obra de José Sanchis Banús, Gonzalo R. Lafora, César Juarros, José María Sacristán, Emilio Mira y sobre todo Ángel Garma. Otros, como Gregorio Marañón, aunque se sintió atraído, por los prejuicios religiosos y el conservadurismo moral que tenía, no terminó de asumir la doctrina freudiana, apostando por Carl G. Jung, dado su alejamiento de la sexualidad y su interés por las tipologías, tan gustadas por él.

Pero volvamos un poco atrás, y veamos lo que Ortega escribía, en 1920, en relación con el psicoanálisis en *Ensayos filosóficos. Biología y pedagogía*:

«El genial psiquiatra Freud descubre la génesis de muchas enfermedades mentales y de ciertas formas de histerismo en la explosión anómala que hace dentro del hombre adulto su niñez maltratada. Fue acaso una escena violenta presenciada en los primeros años, una cruda negativa de los padres a satisfacer un enérgico desco del niño; el choque afectivo experimentado entonces forma a modo de un quiste o tumor psíquico que acompaña al alma en su crecimiento, deformándola hasta el día en que explota como una carga de espiritual dinámica. ¿Cuántas veces, al mirar los ojos de un hombre maduro, vemos deslizarse por el fondo de ellos su niñez inicial, que se arrastra, todavía doliente, con un plomo en el ala!» (Ortega, 1946, *O.C.*, II, pág. 300).

Consciente Ortega (quizás tras una lectura de repaso o influido por algún comentario ajeno) de que estaba considerando la primitiva teoría traumática de Breuer y Freud, añade a pie de página:

«Esta es la idea inicial de Freud, que considero digna de no ser abandonada. Luego tomó su teoría un sesgo extravagante, concretando el origen de la psicosis en perturbaciones sexuales de la primera edad.» (Ortega, 1946, *O.C.*, II, pág. 300).

Pero tampoco con esta apostilla terminó de acoger lo que, en 1920, era el psicoanálisis: una doctrina que había dejado completamente de lado la teoría traumática inespecífica y la teoría de la seducción, en favor de la teoría del conflicto inconsciente del deseo prohibido.

Para dar fin a los acercamientos de Ortega al psicoanálisis, podemos referir otro de sus típicos posicionamientos, en el que se ve aún con mayor claridad que

no llegó a captar la esencia del mismo. En *Vitalidad, alma, espíritu* (Ortega, 1924, O.C., II), buscando esclarecer un malentendido de una crónica sobre una de sus conferencias y evitar ser «inscrito en la hueste freudiana», afirma:

«...Creo que en el sistema de Freud hay algunas ideas útiles y claras; pero su conjunto me es poco afín. Para no hablar de cuestiones particulares, indicaré sólo que la psicología de Freud tiende a hacer la vida psíquica un proceso mecánico, bien que de un mecanismo mental y no físico. Ahora bien: yo creo superada en principio por la ciencia actual esa pretensión mecanicista y me parece más fecunda una teoría psicológica que no atomiza la conciencia explicándola como un mero resultado de asociaciones y disociaciones entre elementos sueltos.

Vamos, en psicología, como en biología general, a intentar un ensayo opuesto: partir del todo psíquico para explicar sus partes. No son las sensaciones -los átomos psíquicos- quienes pueden aclarar la estructura de la persona, sino viceversa: cada sensación es una especificación del Todo psíquico. Mi distancia de Freud es, pues, radical y previa a la cuestión ya más concreta de la importancia que pueda tener la sexualidad en la arquitectura mental (Ortega, 1946, O.C., II, págs. 452-453).

Si uno se detiene, aunque sea someramente, en la argumentación que utiliza Ortega para desmarcarse de la doctrina freudiana, nos da la impresión de que está atacando, desde la perspectiva gestalista, una especie de psicología wundtiana, sin percatarse que el psicoanálisis nada tiene que ver con las sensaciones o con la psicología asociacionista de la conciencia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GRAY, R. (1989). *José Ortega y Gasset. El imperativo de la modernidad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1994.
- LÓPEZ-CAMPILLO, E. (1972). *La «Revista de Occidente» y la formación de minorías: 1923-36*. Madrid: Taurus.
- ORRINGER, N. R. (1985). Ortega, psicólogo y la superación de sus maestros. *Azafra, 1*, 185-236.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1911). Psicoanálisis, ciencia problemática. *Obras Completas, I*. Madrid: Revista de Occidente, 1946, 216-237.
- (1920). Ensayos filosóficos. Biología y pedagogía. *Obras Completas, II*. Madrid: Revista de Occidente, 1946, 273-313.
- (1922). Prólogo a las «Obras Completas» de Sigmundo Freud. *Obras Completas, VI*. Madrid: Revista de Occidente, 1947, 301-303.
- (1924). *Vitalidad, alma, espíritu*. *Obras Completas, II*. Madrid: Revista de Occidente, 1946, 451-480.
- (1929). ¿Qué es la filosofía? *Obras Completas, VII*. Madrid: Revista de Occidente, 1961, 275-438.
- (1935). Historia como sistema. *Obras Completas, VI*. Madrid: Revista de Occidente, 1947, 13-50.
- (1962). Origen y epílogo de la filosofía. En *Obras Completas, IX*. Madrid: Revista de Occidente, 1962, 349-434.

- (1979). *Investigaciones psicológicas*. Madrid: Revista de Occidente y Alianza Editorial.
- (1946, 1947, 1961, 1962, 1969 y 1983). *Obras Completas, 13 tomos*. Madrid: Revista de Occidente y Alianza.
- RUIZ-CASTILLO, J. (1948). Prólogo. En S. Freud, *Obras Completas, I*. Madrid: Biblioteca Nueva, 11-15.